



A puerta cerrada

J. D. Barker



DESTINO

A puerta cerrada

J. D.
Barker

Traducción del inglés
de Julio Hermoso

Ediciones Destino
Colección Áncora y Delfín
Volumen 1655

Título original: *Behind a Closed Door*

© Jonathan Dylan Barker, 2023

© por la traducción del inglés, Julio Hermoso, 2024

© Editorial Planeta, S. A., 2024

Ediciones Destino, un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

www.edestino.es

www.planetadelibros.com

Esta es una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares y sucesos que aparecen son producto de la imaginación del autor o bien se usan en el marco de la ficción. Cualquier parecido con personas reales (vivas o muertas), empresas, acontecimientos o lugares es pura coincidencia.

Primera edición: junio de 2024

ISBN: 978-84-233-6549-4

Depósito legal: B. 8.428-2024

Composición: Realización Planeta

Impresión y encuadernación: Rotoprint by Domingo, S. L.

Printed in Spain - Impreso en España

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento. En **Grupo Planeta** agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor.

Dirigete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.



I

—¿Cuándo fue la última vez que mantuvisteis relaciones sexuales?

—¿Juntos?

Aquella palabra se le escapó a Brendan de entre los labios antes de que le diese tiempo a retenerla. Se llevó el brazo a la barriga para bloquear el inevitable codazo de Abby, que al final no llegó. Ella, en cambio, lo fulminó con la mirada desde el lugar que le había sido asignado en el sofá de la terapeuta, junto a él, con las mejillas al rojo vivo.

La doctora Laura Donetti, que tenía el rostro diseñado para las partidas de póquer de apuestas bien altas, se mantuvo inexpresiva frente a los dos, en su lujosa silla tapizada en cuero.

—Lo siento. —Brendan tragó saliva—. A veces digo gilipolleces cuando me pongo nervioso.

—¡Brendan! —gruñó Abby.

—Tonterías —se corrigió él—. A veces digo tonterías. Perdón, no estoy acostumbrado a este tipo de cosas.

Donetti hizo caso omiso de aquel cruce de frases y se recogió un mechón suelto de cabello oscuro detrás de la oreja.

—¿A la terapia?

—A hablar. —Abby cruzó las piernas al responder—. No está acostumbrado a hablar.

—Eso no es cierto. Tú y yo hablamos constantemente.

—No. Tú me dices cosas a mí, cosas como «tráete leche de la tienda» o «llegaré tarde», o «me voy donde Stuckey a ver el partido». Tú no hablas, me cuentas cosas.

Brendan hizo un gesto negativo.

—¿Ve lo que tengo que aguantar?

Donetti ladeó ligeramente la cabeza.

—¿Quién es Stuckey?

—Su mejor amigo —contestó Abby antes de que él dijera una palabra—. Stewart Morland. Todo el mundo lo llama Stuckey. Trabajan juntos, juegan juntos. A veces creo que son ellos los que están casados.

—Ni que fuera yo el único que va por su casa. A ti te entra el mono como no te tires al menos una hora diaria de cháchara con Hannah. Tú pasas mucho más tiempo que yo en esa casa.

—Entiendo que Hannah y Stuckey están casados, ¿no?

Abby asintió con la cabeza.

—Viven justo enfrente, cruzando la calle.

—Y vosotros vivís en... —Donetti echó un vistazo a sus notas—. ¿Chestnut Hill? ¿Dónde está eso, exactamente?

—A unos quince kilómetros de Boston. Entre Newton y Brookline.

—Una zona más bien acomodada, ¿no?

—Nos las apañamos —dijo Brendan entre dientes.

—Eso no es lo que he preguntado.

Ahora le tocaba a Brendan ponerse rojo. Abby y él habían discutido por muchas cuestiones en los últimos tiempos, y el dinero no era la menor de ellas. Su trabajo estaba bien pagado, pero no lo suficiente para cubrirlo todo. Les iba bien cuando trabajaban los dos, pero...

—Está enfadado conmigo desde que dejé mi trabajo.

—Eso no es cierto; yo mismo te dije que lo dejaras.

Abby elevó la mirada al techo.

—Sí, ya, pues a lo mejor deberíamos haberlo «hablado» en lugar de que tú me lo «dijeras».

Donetti levantó la mano e impidió hablar a Brendan.

—Esta es nuestra primera sesión juntos, así que es importante que saquemos a la luz todo lo que podamos sobre este tema. Al mismo tiempo, vamos a intentar no adoptar una postura de enfrentamiento al respecto. Es difícil cuando se está hablando sobre cuestiones que te disgustan, pero necesito que los dos hagáis el esfuerzo. Sed cuidadosos al escoger las palabras. No hace falta pinchar al otro donde le duele: tan solo necesito saber dónde duele. ¿Os parece razonable?

Abby asintió; acto seguido lo hizo Brendan.

—Bien. —Donetti se centró de nuevo en Abby—. ¿Por qué dejaste tu trabajo?

—Escribí un libro hace unos años y funcionó más o menos bien. Lo autopubliqué, y me imagino que las ventas fueron lo bastante sólidas como para que llamase la atención de alguna de las grandes editoriales. Firmé con una agente literaria, que me consiguió un contrato para publicar dos libros. Me ofrecieron un anticipo aceptable, así que Brendan me sugirió que dejara mi empleo para poder escribir más rápido el siguiente título. —Abby se mordió el interior de la mejilla—. Trabajaba como coordinadora de eventos en el hotel Harland, en el centro. Había escrito el primer libro en los ratos libres antes de entrar a trabajar, después de trabajar, en mis descansos..., siempre que conseguía rascar unos minutos, pero me llevó casi dos años. Los dos pensamos que si me podía concentrar, resultaría más sencillo.

Donetti lo entendió antes de que Brendan tuviese que decir nada. Se apoyó en el respaldo de la silla.

—Y ahora te está costando escribir ese libro, se está agotando el dinero del anticipo y tenéis apreturas económicas a la vista.

De nuevo, Abby asintió.

Algo hizo *clic* en la mirada de la doctora, que arqueó las cejas de golpe tras la gruesa montura de las gafas.

—*Conociendo a Ella*. ¿Eres tú esa Abby Hollander?

—Esa misma.

—Me encanta ese libro.

Brendan intervino antes de que la doctora preguntara por el final del libro. Siempre le preguntaban por el final.

—Quiero que lo consiga, que quede claro, y por eso le sugerí que dejara el trabajo, pero a estas alturas no tiene aún una idea sobre el segundo libro, y no digamos ya nada escrito, y nos estamos puliendo nuestros ahorros intentando tirar únicamente con mi sueldo. Eso genera mucha tensión.

Abby bajó la cabeza y se miró las manos.

—No puedo escribir con el *tictac* del reloj. Soy incapaz de pensar, de concentrarme...

—¿Te has planteado la posibilidad de volver a trabajar? ¿De volver a escribir en tus ratos libres igual que antes?

—Ya han cubierto mi puesto. Di al Harland el preaviso de quince días y me sustituyeron en menos de tres. Es un mercado muy competitivo. Jamás me volverán a contratar. Tendría que prepararme un currículum, las entrevistas...

Brendan suspiró.

—Vamos justos de dinero, pero lo más lógico sigue siendo que Abby trate de terminar la novela antes de ponerse a trabajar a tiempo completo en cualquier otra parte. Habrá un segundo anticipo en cuanto la entregue, y bastará para salir del paso. Le dará el tiempo suficiente para trabajar en un tercer libro. Si es capaz de lograr que todo esto funcione, podrá dedicarse a ello de manera profesional.

—Brendan tiene razón —coincidió Abby—. Es la única oportunidad que tengo. En cuanto me ponga, estoy

segura de que podré con ello. Lo único que me falta es dar con la idea, con el comienzo perfecto.

—«Ella siempre había asumido que la muerte tenía su propio olor, aunque no se parecía en nada a esto.»

—La doctora citó el arranque de *Conociendo a Ella*—. No es un comienzo normal para una novela romántica, precisamente.

Abby se encogió de hombros.

—Es posible que fuera el motivo de que funcionase, pero quién sabe...

Donetti dio unos toquecitos con el bolígrafo en el lateral de su cuaderno.

—Muy bien, esto es bueno. Los dos coincidís en que Abby debería continuar trabajando en el libro. Ahora tenéis que poneros de acuerdo en el tema del dinero. Según vuestro ritmo de gasto, ¿cuánto falta para que se termine el anticipo?

Brendan y Abby habían hecho aquellas cuentas ya tantas veces que era algo demencial, y habían considerado posibilidades como dar de baja la televisión por cable, dejar de cenar fuera de casa, ir a lo barato al hacer la compra: en rebajas y con cupones de descuento. Se acabaron el Trader Joe's o el Whole Foods. Se acabaron los productos artesanos o la leche vegetal el doble de cara que la de vaca de toda la vida.

—Dos meses —dijo Abby de plano.

—Tres si conseguimos estirarlo un poco.

Por primera vez en más de treinta minutos, la terapeuta sonrió.

—Abby, en esto se ve que tu marido te está apoyando. Sé que a los hombres no siempre se les da bien expresar este tipo de cosas, así que toma nota: esto es apoyo conyugal.

Brendan sintió que una sonrisa se le extendía por el rostro.

Donetti se volvió hacia él.

—Antes de que te regodees, quiero que le prometas algo a tu mujer. A partir de este momento, durante los próximos treinta días, no podrás mencionar el tema del dinero. No podrás preguntarle por su libro. No te informará de sus progresos a menos que sea ella quien se ofrezca por su propia voluntad. Cero presión. Le darás espacio para trabajar. ¿Lo entiendes?

Brendan asintió con la cabeza.

—Díselo a ella, no a mí.

Él se dio la vuelta y miró a Abby. Se le escapó un leve suspiro de entre los labios.

—Quiero que escribas el libro. Sé que puedes con ello, y quiero ayudarte a conseguirlo.

La sonrisa que llenó el rostro de Abby hizo que Brendan se olvidara de todo lo demás, de todas las cosas malas, y por un breve instante tan solo se acordó de lo mucho que la quería.

La doctora puso punto final a esa parte cuando dijo:

—Ahora tenemos que hablar sobre el tema del sexo.

2

—¿Cuándo fue la última vez que mantuvisteis relaciones sexuales? —volvió a preguntar la doctora Donetti—. Juntos.

Brendan esperaba que fuera Abby quien respondiese a esa pregunta. Se sentía extraño hablando sobre su vida sexual con alguien a quien había conocido tan solo media hora antes, y tampoco tenía ni idea de lo que ella le había contado ya a esta mujer antes de ese día, pero al ver que Abby no decía nada, terminó por rendirse.

—Va para tres semanas ya.

—¿Es mucho tiempo eso, para vosotros?

—Últimamente no, pero hace unos años era más bien cosa de tres o cuatro veces a la semana.

—¿Y cuánto tiempo hace que sois pareja?

—Diez años de casados —le dijo Brendan—, pero llevamos casi trece juntos. Nos conocimos en la universidad. En la Northeastern.

Donetti garabateó algo en su cuaderno, y Brendan reprimió el impulso de levantarse y leer lo que hubiera puesto. La idea de que alguien tomara notas sobre la vida íntima de los dos le parecía una intromisión. Se sentía como si tuviera ocho años otra vez, como si estuviera confesando algo en el despacho de la directora y aquel comentario fuese a quedar reflejado en su historial definitivo.

Cuando la doctora volvió a levantar la mirada, le preguntó:

—¿Cambió vuestra vida sexual cuando Abby dejó su trabajo?

Brendan asintió.

—Claro.

Abby se deslizó hacia delante sobre el asiento del sofá.

—Eso no es cierto, Brendan. Para ayudarnos, la doctora tiene que conocer toda la historia.

«Toda la historia.»

Él ya sabía hacia dónde estaba apuntando Abby, porque era a donde siempre iba a parar con aquello.

En todas las discusiones.

Todas las noches en que ella se apartaba corriendo en la cama para dormir tan lejos de él como fuera posible sin llegar a caerse.

En todas sus miradas silenciosas.

Esto.

Abby carraspeó y le dijo a la doctora:

—Brendan tuvo un desliz.

Él sintió cómo la sangre se le subía a las mejillas e intentó reprimir la ira que siempre aparecía cuando Abby decía aquello. Aquellas cuatro palabras, como si fuese un puñal de doble filo que su mujer disfrutaba retorciendo en sus entrañas.

—No tuve ningún desliz. Casi tuve un desliz, que no es lo mismo.

Donetti volvió a garabatear.

Aquella mujer y su puñetera manía de escribir.

«¿Cómo narices se supone que va a servir esto de ayuda para arreglar las cosas?»

Se iba a poner del lado de Abby y, acto seguido, lo iban a sepultar entre las dos a base de paladas de culpabilidad. Tampoco hacía falta ser un premio Nobel para verlo venir. No hacía falta ser una psicóloga con su cuadernito.

La doctora se echó hacia atrás en la silla y se dio unos golpecitos con el bolígrafo en el labio inferior antes de volver a hablar.

—Cuéntame lo que pasó, Brendan. Y recuerda que nuestro primer objetivo es poner todos los hechos sobre la mesa. Sin juicios. Tan solo necesito comprender los detalles.

Brendan inspiró hondo y soltó el aire muy despacio. Bajó la mirada a las manos.

—Trabajo en una unidad de investigación de la SEC, la Comisión de Bolsa y Valores. Estoy en la división de investigación de delitos financieros. La llaman la FCID. Las agencias gubernamentales y sus acrónimos, cómo les gustan. Mi trabajo me obliga a viajar mucho. Cuando estamos investigando una empresa, solemos pasar varias semanas haciendo trabajo de campo, in situ, recogiendo información, y después nos la traemos aquí, a nuestra oficina de Boston, para escarbar un poco más hondo. Hace dos meses estaba en Chicago con una compañera...

—Con una compañera muy atractiva —intervino Abby con una pulla.

Brendan no tenía la menor intención de entrar al trapo. Hizo caso omiso del comentario y prosiguió:

—Habíamos recibido cierta cantidad de quejas sobre una compañía de préstamos entre particulares, y nos pareció que aquello merecía una investigación in situ.

Donetti puso cara de desconcierto.

—¿Una compañía de préstamos entre particulares?

—Es un rollo online. Ponen en contacto directo a solicitantes y prestamistas sin que participe una entidad financiera tradicional como intermediaria. Si tienes una cantidad de dinero inactiva en el banco pueden ayudarte a prestárselo a un desconocido y obtener unos intereses. Ellos se encargan de estudiar la solvencia del prestatario. Cuanto peor sea su calificación crediticia, mayor será el interés que ganes tú. Algunos prestatarios lo prefieren

así, porque no les gustan los bancos. Otros acuden a esta fórmula cuando ya no hay nadie más dispuesto a prestarles el dinero. Es un poco como el salvaje Oeste, pero se está poniendo de moda. En fin, que habíamos recibido las quejas suficientes como para que nuestra visita estuviese justificada. Sean culpables o no, las cosas pueden ponerse tensas. Solemos llegar sin aviso previo y tenemos total acceso a los empleados y los datos financieros de la compañía. Como es obvio, ellos no nos quieren por allí, y cuanto más encontramos, más estresante se puede volver la situación. Se genera un ambiente de «nosotros contra ellos», y en esta empresa las cosas no iban a ser distintas. El primer día nos recibieron con una falsa sonrisa, y todo fue a peor a partir de ahí: era como si estuviésemos los dos solos atrapados tras las líneas enemigas. Así que llega el viernes por la noche, llevamos ya casi toda la semana lidiando con aquello, y los dos estamos bastante saturados. Entonces rompí el protocolo y pedí unas bebidas con la cena.

Donetti levantó la mano.

—¿Tú rompiste el protocolo? ¿O lo rompisteis los dos?

—Ella es mi subordinada, en su segundo año. Yo llevo ya una década en este trabajo y estoy seis niveles salariales por encima del suyo. Yo estaba al mando, ella me siguió la corriente. Es responsabilidad mía. —Brendan no tenía ninguna intención de esquivarlo, lo reconoció—. Bebimos, comimos, charlamos...

—La besaste —dijo Abby, rotunda.

Brendan puso los ojos en blanco.

—Yo no la besé. Ella me besó a mí.

—¿Acaso es distinto? —le preguntó la doctora.

—Sí, es distinto. Ella me besó, y yo le dije que estaba felizmente casado. Nos reímos un poco de aquello, y eso fue todo.

Abby soltó un leve gruñido.

—Eso fue todo...

Más notas garabateadas, y Donetti miró a Abby.

—Te sientes traicionada.

—¡Pues claro que me siento traicionada!

—¡Yo no hice nada!

Abby no iba a echarse atrás.

—Te pusiste en una situación en la que podría haber pasado algo.

—¡Pero no pasó! Por Cristo bendito. ¿Por qué no lo dejas ya de una vez? A ti te entran los tíos constantemente.

—Jamás he besado a ninguno de ellos.

—¡Que fue ella quien me besó a mí!

—¡Entonces por qué no lo notificaste! —replicó Abby de inmediato con una voz estridente.

De nuevo, la doctora levantó la mano. Suavizó la expresión de su rostro, aunque muy poco.

—Ya sé que esto es difícil, para los dos, pero será mejor que mantengamos nuestras emociones a raya. ¿Necesitáis tomaros un minuto?

Abby fulminó a la doctora con la mirada, y Brendan pensó que su mujer podría emprenderla con ella. ¿No sería perfecto eso? Si la doctora se hacía una idea del humor de Abby, podría mantenerse con firmeza plantada en terreno neutral. Pero Abby no la emprendió con la doctora; en cambio, se dejó caer contra el respaldo del sofá y consiguió recuperar el control.

—Brendan debería haberlo notificado.

Más notas garabateadas, y esta vez él juraría que había visto algún subrayado antes de que la doctora volviese a mirarlo.

—¿Por qué no lo notificaste?

Brendan combatió el impulso de hundirse todavía más en el sofá y enderezó la espalda al incorporarse. Él hizo lo correcto. No hizo nada mal.

—Kim solo lleva dos años de carrera. Algo como eso

habría acabado con ella. Fue una nadería. Ya estaba lo bastante avergonzada, así que no le vi el sentido. No pasó nada. En realidad no.

—Kim... —masculló Abby.

—Se lo conté a Abby porque no quería ocultárselo. Pensé que somos el tipo de pareja que prefiere la sinceridad a los secretos, incluso los más inocuos. Tal vez fue ahí donde metí la pata.

—Ah, no me cargues a mí el muerto. Yo...

Una vez más, la doctora levantó la mano.

—Muy bien, tiempo muerto. Vamos a evaluar todo esto y a buscar una solución. Creo que ya hemos encontrado un plan con el que ambos os sentís cómodos en cuanto al dinero, ¿verdad?

En un principio, ni Abby ni Brendan lo reconocieron. Ambos estaban a la defensiva y no querían ceder ni un milímetro. Aquello era una tontería. Habían venido a solucionar las cosas, no a empeorarlas. Por fin, él asintió con la cabeza, y se percató de que Abby también lo estaba haciendo.

—Bien —sonrió Donetti de oreja a oreja—. Eso está muy bien. Esto es lo que yo pienso sobre lo demás; podéis estar en desacuerdo tanto como queráis, pero intentad también ser el defensor del otro. Poneos en la piel de vuestra pareja antes de responder. Tenéis que respaldaros el uno al otro, no apartaros el uno del otro. —Echó un vistazo al reloj y se volvió hacia Brendan—. Si esa mujer te besó a ti, si tú la besaste a ella o si le diste pie a pensar que podía besarte..., nada de eso importa. Tú sabías que había algo incorrecto en esa situación y quisiste quitarte el peso de encima al contárselo a Abby. Y eso fue lo que hiciste. Está mal que permitieras que sucediese; está bien que no te lo guardaras como un secreto. Hiciste lo correcto al contárselo. —Dejó un instante prolongado para que Brendan lo asimilara, y se volvió hacia Abby—. Te sientes traicionada. Tu marido viaja mucho por su

trabajo, y eso hace que se materialicen todo tipo de temores, y el del engaño no es ni mucho menos el menor de ellos. Entonces sucede algo como esto, que da validez a esos pensamientos. Pero esta es la cuestión: al margen de cómo sucediera, él no siguió adelante. Lo detuvo en seco. Confió en ti y te lo contó. Esto se reduce a una sola pregunta bien simple: ¿hubieras preferido no saberlo?

Abby hizo un gesto negativo con la cabeza.

—Por supuesto que no.

—Pues claro que no. Fue doloroso oírlo, pero es peor tener secretos en un matrimonio. Los secretos acaban con los matrimonios.

—Aun así, él debería haberlo notificado —dijo Abby en voz más baja—, no habérmelo soltado y punto.

Donetti apretó los labios, asintió y volvió a mirar a Brendan.

—Una situación tensa, el beneficio de la duda... Entiendo que no dijeras nada en el trabajo. Pero tienes que hacerle una promesa a Abby ahora mismo. Si sucede algo más con esta mujer, por leve que sea, pondrás toda esta cuestión en manos de tus superiores y que pase lo que tenga que pasar. Proteger tu matrimonio es mucho más importante que proteger la carrera profesional de ella. Primero eres su marido, el trabajo viene después. Si lo hace otra vez, lo sacas a la luz. ¿Entendido?

Brendan asintió.

—Bien. Ahora tengo una pregunta fácil para los dos. ¿Creéis que seguiréis casados dentro de diez años?

Brendan sintió aquello como un puñetazo en el estómago. Abby también, y se quedó lívida.

La doctora Donetti respondió antes de que pudiera hacerlo ninguno de los dos.

—Yo creo que sí que seguiréis casados, y este es el motivo: porque habéis venido aquí. Los dos habéis reconocido la existencia de un problema y habéis estado dispuestos a actuar para solucionarlo antes de que se os fue-

se de las manos. Las parejas que fracasan no hacen esto. Dejan que las cosas se echen a perder. Mantener un buen matrimonio requiere de un gran esfuerzo, un esfuerzo que ambos habéis demostrado que estáis dispuestos a hacer. Ser el defensor del otro en todas las cosas. Recordad esto. —Sonrió de forma breve y cortante—. Tenemos un plan, y confío en que lo vais a llevar a cabo. Lo cual nos conduce a nuestro último obstáculo: el tema del sexo.

Brendan lanzó una mirada furtiva a Abby y se encontró con que ella estaba haciendo exactamente lo mismo. Los dos volvieron a mirar de inmediato a la doctora.

—Un matrimonio sin sexo significa que sois unos compañeros de piso con un vínculo legal. A nadie le gusta eso. El sexo no consiste solo en una gratificación física: une más a la gente. Es una intimidad como no hay otra. Una buena relación sexual os enseña a trabajar juntos, una relación sexual magnífica os enseña a actuar como uno solo.

Volvió a garabatear unas notas en su cuaderno, pero esta vez lo hizo en la esquina inferior de la página. Cuando terminó de escribir, arrancó la nota y se la entregó a Abby.

—Esto es una app que me parece extremadamente útil en situaciones como la vuestra. Consideradla una ayuda marital, una continuación del trabajo que hemos comenzado a hacer hoy aquí. Es muy popular, así que no debería costaros encontrarla en vuestra tienda de aplicaciones. Leed la descripción y probadla si os parece que os encaja bien, o no lo hagáis si no os convence, no hay ningún problema. Sea como sea, debéis reconectar el uno con el otro en el plano personal, y yo creo que podría servirlos de ayuda. ¿Lo veis bien?

Abby bajó la mirada al papel y asintió.

—¿Brendan?

Él asintió también.

La doctora Donetti sonrió.

—Bien. Ahora, un último detalle. Los deberes. Esta noche vais a mantener relaciones sexuales. Recordad qué es lo que os gusta del otro. No tengáis miedo de probar cosas nuevas. Experimentad. —Hizo un gesto con la barbilla para señalar el papel que Abby tenía en la mano—. Probad esa app.

Sonó la alarma del temporizador de detrás de su escritorio, y Brendan se dio cuenta de que faltaban diez minutos para el mediodía. No sabía cómo, pero la doctora se las había arreglado para cerrar la sesión justo al llegar a los cincuenta minutos. Donetti alargó el brazo y cogió una agenda de la esquina de su escritorio.

—Me gustaría volver a veros a los dos por aquí el próximo martes. ¿Os va bien a las once de la mañana?